|  |  |
| --- | --- |
| **EL LEÓN Y LA CABRA**Un señor león andaba, como un perro,del valle al monte, de la selva al cerro,a cazar, sin hallar pelo ni lana,perdiendo la paciencia y la mañana.Por un *risco* escarpado ve trepar una cabra a lo encumbrado,de modo que parece que se empeñaen hacer creer al león que se despeña. | El pretender seguirla fuera en vano;el cazador entonces cortesano le dice: «Baja, baja, mi querida;no busques precipicios a tu vida:Esos halagos tiernosno son por bien, apostaré los cuernos.»Así le respondió la astuta cabra,y el león se fue sin responder palabra La infeliz paga con el pellejo,si toma sin examen el consejo. |

*Risco*: La noción de **risco** suele emplearse con referencia a un **peñón**o una **cumbre** de gran[**altura**](http://definicion.de/altura/) y difícil acceso.

**EL PICAPEDRERO**

(Cuento popular chino, anónimo)

Había una vez un hombre que trabajaba como picapedrero. Cada día iba a una zona donde se dejaban los restos de piedras que iban quedando de la construcción de la Gran Muralla China y, de allí rescataba una buena cantidad de trozos de piedras los cuales cortaba y pulía para fabricar tumbas o casas. Conocía bien las distintas piedras y, como era trabajador y cuidadoso, tenía muchos clientes.

Cierto día, un hombre rico le encargó una piedra específica. Cuando fue a entregarla a su casa, vio allí todo tipo de objetos bellos. Vio cosas que jamás había soñado que existieran. Y desde ese momento, su tarea cotidiana comenzó a transformarse en una pesada carga.

Un día, mientras picaba una piedra, pensó: “Oh, si tan solo fuera un hombre rico y pudiera dormir en una cama con sábanas de seda, ¡qué feliz sería!”.

 Al instante escuchó una voz que le decía: “Tu deseo ha sido escuchado, ¡un hombre rico serás!”. Miró a su alrededor pero no había nadie, así que pensó que había sido una fantasía y recogió sus herramientas. Pero al acercarse a su casa se detuvo asombrado porque, en lugar de la humilde cabaña de madera donde solía vivir, se erguía un bello palacio amoblado espléndidamente. Lo más espléndido era la cama, muy parecida a aquella que había envidiado. Se sintió pleno de alegría.

Sin embargo, al cabo de un tiempo se acostumbró a la nueva vida y olvidó por completo su antigua condición. El hombre estaba muy aburrido porque nunca había aprendido a entretenerse. Se sentó junto a la ventana para ver qué sucedía en la calle y vio pasar un carruaje conducido por hombres en uniforme azul y dorado. En el carruaje iba un príncipe y un siervo sostenía sobre su cabeza una sombrilla dorada.

 “¡Oh, si tan solo fuera un príncipe y pudiera andar en un carruaje protegido de los rayos del sol por una sombrilla dorada, qué feliz sería!”, pensó el picapedrero mientras el carruaje desaparecía en la distancia. Y la voz dijo: “Tu deseo ha sido escuchado, príncipe Y al momento era un príncipe. Y estaba en un carruaje conducido por hombres con uniformes. La envidiada sombrilla dorada era sostenida sobre su cabeza por un siervo. Todo lo que su corazón había ansiado era suyo.

Sin embargo, no fue suficiente. […]

**EL CUERVO Y LA JARRA**

Un cuervo se acercó, medio muerto de sed, a una jarra que creyó llena de agua; mas, al introducir su pico por la boca de la vasija, se encontró con que sólo quedaba un poco de agua en el fondo y que no podía alcanzarla, por mucho que se esforzaba. Hizo varios intentos, luchó, batalló, pero todo fue inútil. Se le ocurrió entonces inclinar la jarra, probó una y otra vez, pero al fin, desesperado, tuvo que desistir de su intento. ¿Tendría que resignarse a morir de sed?
De pronto, tuvo una idea y se apresuró a llevarla a la práctica. Cogió una piedrecilla y la dejó caer en el fondo de la jarra; cogió luego una segunda piedrecilla y la dejó caer en el fondo de la jarra; cogió otra piedrecilla y la dejó caer en el fondo de la jarra; cogió otra piedrecilla y la dejó caer en el fondo de la jarra; cogió otra piedrecilla y la dejó caer en el fondo de la jarra… hasta que, ¡por fin!, vio subir el agua. Entonces, llenó el fondo con unas cuantas piedrecillas más y de esta manera pudo satisfacer su sed y salvar su vida.

**LAS MOSCAS**

En un frondoso bosque, de un panal se derramó una rica y deliciosa miel.

Al se percataren, miles de moscas acudieron rápidamente y ansiosas para devorarla.

La miel era tan dulce, tan suave y exquisita que las moscas empezaron a comerlas con prisas y mucha impulsividad.

Lo que no se dieron cuenta las moscas es que sus patas se fueron prendiendo en la miel, y que ya no podían despegarlas para alzar el vuelo de nuevo.

En un momento de desesperación, las moscas intentaron una y otra vez quitar sus patitas de la miel, pero cuanto más se movían más impregnados de miel se quedaban sus cuerpos.

A punto de ahogarse en su exquisito tesoro dorado, las moscas exclamaron:

- ¡Nos morimos, desgraciadas nosotras, por quererlo tomar todo en un instante de placer!

**LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ**

León Tolstoi

En las lejanas tierras del norte, hace mucho tiempo, vivió un zar que enfermó gravemente. Reunió a los mejores médicos de todo el imperio, que le aplicaron todos los remedios que conocían y otros nuevos que inventaron sobre la marcha, pero lejos de mejorar, el estado del zar parecía cada vez peor. Le hicieron tomar baños calientes y fríos, ingirió jarabes de eucalipto, menta y plantas exóticas traídas en caravanas de lejanos países. Le aplicaron ungüentos y bálsamos con los ingredientes más insólitos, pero la salud del zar no mejoraba. Tan desesperado estaba el hombre que prometió la mitad de lo que poseía a quien fuera capaz de curarlo.

El anuncio se propagó rápidamente, pues las pertenencias del gobernante eran cuantiosas, y llegaron médicos, magos y curanderos de todas partes del globo para intentar devolver la salud al zar. Sin embargo fue un trovador quien pronunció:

—Yo sé el remedio: la única medicina para sus males, señor. Solo hay que buscar a un hombre feliz: vestir su camisa es la cura a su enfermedad.

Partieron emisarios del zar hacia todos los confines de la tierra, pero encontrar a un hombre feliz no era tarea fácil: aquel que tenía salud echaba en falta el dinero, quien lo poseía, carecía de amor, y quien lo tenía se quejaba de los hijos.

Sin embargo, una tarde, los soldados del zar pasaron junto a una pequeña choza en la que un hombre descansaba sentado junto a la lumbre de la chimenea:

—¡Qué bella es la vida! Con el trabajo realizado, una salud de hierro y afectuosos amigos y familiares ¿qué más podría pedir?

Al enterarse en palacio de que, por fin, habían encontrado un hombre feliz, se extendió la alegría. El hijo mayor del zar ordenó inmediatamente:

—Traigan prestamente la camisa de ese hombre. ¡Ofrézcanle a cambio lo que pida!

En medio de una gran algarabía, comenzaron los preparativos para celebrar la inminente recuperación del gobernante.

Grande era la impaciencia de la gente por ver volver a los emisarios con la camisa que curaría a su gobernante, mas, cuando por fin llegaron, traían las manos vacías:

—¿Dónde está la camisa del hombre feliz? ¡Es necesario que la vista mi padre!

—Señor —contestaron apenados los mensajeros—, el hombre feliz no tiene camisa.

FIN